

ALJABA

*

MENSAJE POETICO

*

había afirmado muchos barcos en el fondo de una roca inaccesible, al fondo de una ensenada que comunicaba con el mar por un estrecho canal. A su alrededor, un hervir escarlata de las olas, ardientes de locura y de contempida rabia.

En alta mar, el galope desenfrenado de la borrasca... ¡Mafarka! ¡Mafarka! ¡Patrón! ¡Señor!

Se levantó de un salto.

—¿Quién me llama allá abajo, detrás del promontorio? ¿Quién me llama entre el ranco vocar de la...

Un velero de m... para y esp... apareció en el canal. Lo seguían otros tres que se balanceaban sin... negros y parecidos a tigas coladas de uña sobre los... lleno de... ches y rodadura.

Los marineros... gran voz del mar...

—¡Patrón! Nos venimos a ofrecerte...

Mafarka, orgu... —¡Puah! ¡Puah!

¡Oh que perder su ra... que sea vuestra, una...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

—¡Tó, mi her... —¡Tó, mi her...

4



Dibujo de Darling

JAEN, ABRIL 1952

El discurso futurista

—¡Mafarkal ¡Mafarkal!

Mafarka se despertó de improviso bajo la agitada lava del ocaso del africano sol. Había dormido mucho tiempo en el hueco de una roca inaccesible, al fondo de una ensenada que comunicaba con el mar por un estrecho canal. A su alrededor, un hervir escarlata de las olas, ardientes de locura y de contenida rabia.

En alta mar, el galope desenfrenado de la borrasca... ¡Mafarkal ¡Mafarkal ¡Patrón! ¡Señor!

Se levantó de un salto.

—¿Quién me llama allá abajo, detrás del promontorio? ¿Quién me llama entre el ronco vocear de las olas?

Un velero de púrpura y ébano apareció en el canal. Lo seguían otros tres que se balanceaban sin avanzar, cargados de marineros negros y parecidos a tinas colmadas de uva sobre los carros bamboleantes por un camino lleno de baches y rodaduras.

Los marineros gritaban todos juntos, como condenados, para luchar contra la gran voz del mar...

—¡Patrón! Nosotros, tus hermanos, tus hijos, tus compañeros en las batallas, venimos a ofrecerte... ¡ahl, ¡no!... ¡a suplicarte que aceptes el mando supremo!

Mafarka, erguido, inmóvil, respondió escupiéndole en el mar:

—¡Puah ¡Puah! ¡Huid, raza de perros y de esclavos apaleados! ¡No tengo tiempo que perder en razonamientos con brutos, con bellacos! ¿No teneis, pues, una idea que sea vuestra, una voluntad propia? ¡Oh! ¡Abdalál! ¡Podías haberte ahorrado este viaje! ¡Tú, mi hermano de armas...; tú, el joven capitán valerosísimo a quien he amado más que a otro alguno! ¿Qué sangre corre por tus venas? ¿De qué estás hecho para haber sentido la necesidad de lanzarte a mí como un niño entre las faldas de su madre? ¿Cómo es tu corazón para no haber experimentado nunca el deseo de matarme para ocupar mi puesto? ¿Tan larga es la vida que quieres desperdiciar la mitad pasándola de hinojos ante mí? ¡En verdad, yo he huído por miedo de envejecer con un mísero cetro entre las manos! ¡He tenido pavor de adaptarme a la declinación de la edad y de las futuras vilezas!... He tenido envidia y celos de tí y de tu juventud triunfante, que un día u otro me hubiera sobrepujado. ¿Me hablas de recobrar mi cetro? ¡Preferiría un cayado de pastor! Sé que habrán de acusarme de abandonaros sin defensa a los enemigos, después de haberme aprovechado para construir sobre vosotros mi grandeza... ¡No ciertamente para jactarme de ello, puesto que os restituyo el cetro conquistado! ¡Ya he gozado de él demasiado! ¿Qué queréis? ¡Me he saciado bien pronto!

—¡Gloria a tí, Mafarkal! ¡Gloria a tu fuerza invencible! Reclamamos tu brazo omnipotente!

—¿Qué haríais de él? ¡La guerra ha terminado! ¡Podéis anunciar al mundo que me he hecho constructor de pájaros mecánicos! ¿Os reís? ¡Ah! ¿No entendéis, pues? ¡Construyo y pariré a mi hijo, pájaro invencible y gigantesco, que tiene grandes y flexibles alas para abrazar las estrellas! Nada tendrá poder contra él. ¡Ni las tempestades ni los rayos! Allá abajo está, en el fondo del golfo, y podéis verle... Desde hace treinta días que dura mi trabajo nunca he dudado de hacer de él el hijo de mi alma... ¡El infinito es suyo! ¿No creéis posible tal milagro?...

Felipe T. MARINETTI (Italia).

CONTIGO

Ya soy del todo yo,
tú me faltabas;
contigo ha quedado terminada
la obra que el Señor
hizo al crearme;
sin tí estaba vacío
y ya rebosan todos los huecos
de mi cuerpo tuyo.

Te tengo aquí en mis ojos
y dentro de mis ojos.

Te tengo en mi cabeza
metida
y en mis huesos,
y entre mis nervios todos
dominando sus fibras.

Llenas toda la ausencia
que sentía mi alma.

Tan adentro me vives
que nada creo que ya me pertenece:
mi corazón se mueve a tu latido,
mis ojos sólo miran para verte,
siempre escucho tu voz
y no respiro más que tu perfume.

No sé como he podido
vivir sin encontrarte;
me espanta en el recuerdo
el correr de los días
del ayer sin tenerte;
se niega el pensamiento
a renovar la imagen
de unos años sin norte.

Todo mi contenido,
todo el ambicionar de mi existencia
me lo dió tu llegada;
sin tí estaba vacío
y ya rebosan todos los huecos
de mi cuerpo tuyo.

Mario ALVAREZ ORTIZ.

Fernando CALATAYUD.

VERSION DE HOMBRE DE TIERRA

El que llega por mar suele decirse:
La tierra es mía. Firmo.
Aseguro que vine en una casa
que caminaba encima de las olas.
Es un milagro; quedo
conquistando la tierra en esta orilla.

Hay un puerto delante; luego, casas
que la mar desconocen, dentro gentes;
después vienen las fábricas, los trigos,
los prados con sus vacas. Yo, su dueño.

A cambio de la rama de una encina
de país lejanísimo, los campos.
A cambio de mi voz, muchas ciudades.
Un puerto a cambio de mi gorra blanca.

El que llega por mar, temor no siente.
no ve los hombres con sus garras dentro.
Se dispersa pensando en la conquista;
No ve los hombres con las garras fuera.

Camina lejos, hombre de los mares:
Nadie querrá quedarse con tus puertos,
nadie piensa en tus campos ni en tus reses.
(Las fábricas por nada, te lo juro).

Cuando llegan del mar, la madre dice:
Hijo mío, ya es hora;
no hagas caso.
Aquí vivimos bien con nuestro río.

Angel CRESPO.

TUA INTIMA PENETRATIO VERITATIS

El lagarto lo sabe; se adivina
en su frente escamosa un pensamiento.
Que lo sabe el erizo ceniciento
se ve en la lentitud con que camina.

Lo inventa el negro toro violento,
y el pato, sin saberlo, lo imagina.
La serpiente lo sabe muy ladina
y el árbol lo ha aprendido por el viento.

Estaba ciego el mundo sin estrella
y encendiste su luz con tu llegada
recitándole a gritos tu escritura:

"Sabe la rosa, pues la rosa es bella,
la piedra sabe, porque está callada,
y sabe la viviente criatura".

Fernando CALATAYUD.

ELEGIA POR UNA VIEJA CRIADA

El azul de los silencios
de las ocas, de las hadas,
ay qué verde vado borda
en tus ojos como el mar.
Tú me sacas la relumbre,
la quejumbre, la nostalgia.
Cuando no era nada tuyo
yo era musgo, tú eras plata.
Me comías, me sabías,
me bebías en las ramas,
orillada boca mía
rebotando viento en agua.

Un fonil apenas justo
por el techo te destila,
con la malva luz de tarde
luz de rosa en la cocina.
No venías para verme
mis catorce sinfonías
Sí con ola de amáramo,
tempestuosa, submarina.
Sin embargo las piraguas
se me entraban, me salían,
me bordaban todo el sueño
de rosetas de rejilla.

Sin embargo por adentro,
sin embargo por adentro,
qué temblor de agua menuda
se llevaba el pez sopero.
La más pálida rendija
se moraba de silencio,
y las ocas y las hadas
y el fonil cerca del techo
en sus ojos de animales
me ladraron tu recuerdo.

Félix CASANOVA DE AYALA.

CUMPLEAÑOS

Por la pendiente espalda, amaneciendo,
tallándome la piel, año tras año,
me resbalaba el tiempo, en viejo estaño
mi juventud de bronce convirtiendo.

Y un año más tallándome, sintiendo
su paso silencioso —oh vil engaño
para doler despacio, con más daño—
me corona la frente, descendiendo.

Me está llorando el alma dulcemente
por el tiempo de amor nunca vivido
que huye desceñido y venturoso.

Y lloraré despierta, eternamente,
sobre mi firme brazo detenido,
por un abril sereno y ruboroso.

Trina MERCADER.

CASI SONETO

7

Es tenaz el silencio e impreciso.
Perdido por la hierba y por la grama
soy un soplo de vida que no llama
la muerte que me tiene circunciso.

Las cosas en su sitio. Lo preciso.
El aire por el monte y por la rama.
Disuelto en soledad, mi ser reclama
la voz de la llamada y el aviso.

Soy un hombre y existo y sé las cosas
que la vida maestra me ha enseñado.
Conozco las espinas y las rosas
y estoy, como las torpes mariposas
por la luz de la muerte fascinado.

José FERNANDEZ ARROYO.

Hoy he estado en el huerto de las monjas.
 Y en el jardín donde la tela azul
 finge cielos cercanos a las flores.
 Aquí está Dios en todo.
 En la capilla con olores dulces,
 en el cielo cuadrado del patio
 —con cuatro nubes prisioneras—
 y en los Ave-María purísima.
 Salen las monjas después del refectorio
 y son muchas las monjas
 que se visten de nube.
 Hay una parra, que en el patio
 pone sombras alegres,
 y un canario que come alpiste y miel
 y que sabe de olores a arcas con rosarios
 y con ropas que tapan
 formas no percibidas.
 Los árboles distinguen a las monjas más jóvenes
 porque tienen distinto calor en la mirada
 y saben que si el diablo quiere verles los ojos
 lo apartan con luceros.
 Al mirar en el pozo
 el agua finge mantos,
 y al llamar en la puerta—circular la mirilla—
 sale delimitada la mirada redonda
 de la hermana portera.
 Aquí está Dios en todo.
 Y hay veces que las monjas
 lo ven entre los árboles
 jugando con los niños.

León RAMOS.

EL LABERINTO

Ni papeles de seda,
 ni cadenas, ni hierro;
 algo que sea oscuro, frágil o transparente
 para poder hacer con rabos de mirada
 un crimen que no tenga
 lugar ni tiempo casi.
 Dentro del laberinto
 topamos con las uñas
 de esta cosa sin nombre
 que asedia cuando crece.
 Recorremos las calles
 que nos sitúan muros
 para que el pie no valga.
 Las manos se nos llenan
 de insectos, donde comen,
 tiñendo la memoria
 de ciénagas oídas.
 Se ha burlado la muerte
 y la vida presenta
 cuerpo de sexo ambiguo.
 Ni peldaños, ni escalas...
 Un movimiento amargo de colores que excitan.

Antonio FERNANDEZ MOLINA.

A F. Martínez Llácer.

He sentido de pronto
 cómo crecían en mis ojos los rosales
 y cómo las hojas florecían en mis dedos...

Y he vuelto, he vuelto a nuestra isla, vuestra isla,
 dejando en las orillas de mi río,
 la cifra y la ambición que me corroen...

He venido para deciros nuevamente
 a vosotros, poetas de esta hora,
 que me he estremecido,
 como una golondrina sorprendida en su nido,
 al soñar los poemas que aún dormitan
 en el fondo de vuestro cauce,
 esperando el arcángel que los eleve
 hasta los torrentes de vuestra sangre.
 Que mi mano, un poco carcomida
 del sol y de la lluvia,
 ha saludado emocionada,
 vuestras arrebatadoras sonrisas de veinte años
 en este abril de veras, que me ha dado
 la justa pasión de mi vida.
 Y quiero deciros, camaradas,
 que el mundo está lleno de arcos
 de violines despedazados y de guitarras,
 que esperan vuestros pulsos religiosos
 para elevar a Dios la gran orquesta
 que cante lo armónico del Mundo,
 de este Mundo que lleva en sus entrañas,
 cánticos de otra vida que nos llama...

Y así, vuelto otra vez a nuestra isla, vuestra isla,
 he visto crecerme en la cintura la yedra de otros tiempos,
 verdecidas sus hojas juveniles...
 Poco tiempo he de estar con vosotros,
 porque he de seguir adelante tropezando
 en los duros cristales de la vida,
 pero quiero entregaros, un poco envejecido,
 el antiguo latido de mi sangre,
 que aún perdura,
 a pesar de las tempestades y los odios,
 intacto y generoso,
 para que lo guardéis
 en un lecho de flores y esperanzas,
 que se irán marchitando con el tiempo,
 pero que dejarán un perfume,
 purísimo, de vida que se fué, serenamente,
 hecha lirio y amor.

Rafael LEOCADIO.

Quiero un cristal oscuro
 de aristas y sesgos de ciprés,
 sin agujas...
 Quiero una curva sedienta
 de infinito... sin cerrar,
 una curva llena de sueño
 sin sombra.
 Sienten mi triste congoja
 los colores; ante tí
 desnuda de frío se queda
 la palabra.
 Un junco solo en la llanura.
 No se quiebra.
 Ni aquel grito en el espacio
 demudado se perdía,
 perduraba...
 Rodaba la pléyade blanca
 de ciervos ingenuos.
 Los brazos del tiempo,
 tan negros, tan fijos... Saltaban
 —un golpe, dos golpes... campanas—
 la voz, el junco, los ciervos.
 La nube deshecha, la lluvia
 tranquila, cristales, cipreses,
 ternuras...
 Los brazos del tiempo saltaban
 y aquel grito en el espacio
 demudado se perdía
 y renacía... renacía
 y perduraba...

José CARDONA.

ESTANQUE DE NOCHE

Clamor de aljibe descubre
 a su escondida evidencia,
 y entre silencio y ramaje
 deja un resumen de niebla
 que empapa a los ruiseñores
 de impensadas sugerencias.
 Lleva una vida en acecho,
 cual sigilosa pantera,
 ante el peligro sin filo
 que toda noche refleja.
 Su cuerpo, soliviantado
 por agujones de estrellas,
 con inquietud de delirio
 hace vivir la maleza.
 Pájaros de fantasía
 en su bruma se revelan:
 plomizos en su figura,
 un gris de sueño bosquejan.
 Y corren por sus entrañas
 viejos murmullos de alberca
 que dan recuerdo a la noche
 de una fragancia de huerta.

Julio PORLÁN.



SI TÚ SUPIERAS...

No amigo, ya no más,
que ya está el alma de asperezas loca.
No vengas ya con más, que ya me pesan
las nubes de las lágrimas.

—¡Qué lloro más profundo y qué gran pozol—.

Si tú supieras bien; si tú supieras..

Los álamos tan tristes y estirados...

Si tú supieras bien...

Si tú supieras el libro de la sangre que no mana,

los árboles desiertos sin las hojas...

los brazos tiritando de la carne...

y el bosque todo orante detenido

con su grito de muerte.

Si tú supieras bien; si tú supieras...

Si te cupieran los desiertos lisos

cristales, hielo duro.

¡Oh, amigo, ya no más

que ya estoy casi sin sangre en mis adentros!

Dame algún verde de lágrimas que esperan

y hazme mi lecho

y luego déjame. Si tú supieras,

si tú supieras bien. Si tú supieras...

Victoriano CONEJO ARTIDIELLO.

LO QUE MAS ME HA ASUSTADO

Lo que más me ha asustado es verte viva.

Los ojos entreabiertos, la corriente quebrada de la voz.

Ya no eres tú. Para todos serás un algo extraño,
mujer desconocida.

Has sido muerta. Los amigos te velaron una noche.

Fuimos en una tarde azul a echarle tierra.

Exprimieron su lloro las mujeres.

Aquella noche te sentimos cerca,

debajo de la cama,

entre unos cortinajes, tras la puerta

Alguien contó recuerdos de tu vida,

se recitó el momento de tu muerte.

Llegamos a decir que fuiste buena

y otra vez provocaste el impaciente corazón de los poetas.

Los muertos no se mueven.

Sólo los mueve el viento o la sorda ambición de los gusanos
alguna vez el azadón de un empleado.

Pero nunca se mueven para andar, para cruzar las manos.

Enrique GARCIA PEREZ.

NO UNES SOLO CUENTO

(PEDI) J V C I A

...Y os lo digo sinceramente: esto no es cuento. Ni esto ni otras muchas cosas que a veces se relatan. Lo que ocurre es que... eso. La gente va y viene, habla, sonríe, escoge posiciones, y... cuento, cuento... ¡Para que luego digan! Que esa es la cuestión, como él dice. El, que es mi amigo. Pero las gentes...

Decididamente es un filósofo este hombre. A veces un filólogo. Y, ya al filo de todo, un filántropo, aquí, entre nosotros. Lleva puñados de billetes en todos los bolsillos, billetes que pierde sin saber cómo. Lleva sucios los zapatos, y ratonados, porque la estética es algo puramente accidental y es el alma lo importante. Lleva una corbata rozada por la barba, escondiéndosele hacia un lado bajo el cuello de la camisa, y unos pantalones en acordeón. De cabo a rabo, un filósofo. Hablando, discurriendo, y bebiendo cerveza, qué caramba.

Su padre fué un exótico doctor, freudiano y chorcho, que se pasó la vida entre supercherías y errores de pantomina. Pero él...

Su único defecto es—¡qué va a hacerse, Señor, en estos tiempos!—el de estar enamorado. No es que esto sea grave, no: lo es el modo. Porque, flaco y todo y con bigote ambiguo hace versos, versos y versos. Versos por acá, chaqueta por allá...

—Pssé... (Y se encoge de hombros).

Dios lo ha querido así. Y él se sonríe cuando a veces me espera a la salida de la clase de música. Astucia que tiene.

—Ahí la he visto—le digo.

—Pssé...

Entiende las cosas a su modo. Y, claro está, es un modo tan de dominio privado, que a él no lo entiende nadie. Pero es bueno como el pan, y hasta simpático algún que otro día de la semana. El dice que los domingos y días de comer bien. Que pocos deben ser, en pura lógica.

Hoy ha estado en casa, donde vino se vende y los vecinos vienen y saludan.

—Esto se va a acabar, ¿sabes?

Y con las manos en los bolsillos del pantalón musical piensa en las mujeres y arruga la frente. Cree que, al darle una compañera, Dios no hizo al hombre ninguna cosa ordenada. ¡No está bien quitarle un hueso de adentro, para ponérselo fuera...!

Pese a todo, está enamorado hasta el chaleco. Aunque no lo parezca, que ahí está el detalle. Hasta ese chaleco lleno de papelotes asomados. Claro que es un amor bien entendido.

—Ahora va por ahí con...

—Pssé...

El se conforma con verla de lejos sonreír y mirarse en los escaparates. Por otra parte tiene su asedio poético dispuesto conforme a las ordenanzas. ¡Para qué preocuparse de otra cosa! El que ella rompa los versos sin leerlos... ¡Bah! Eso es puro accidente sin transcendencia.

El día de aquellos amistosos Juegos Florales ella estaba allí. Y él, por supuesto. Lo de menos era el «cambalache» y la levita usada de aquel poeta viejo que «se las llevaba todas»... Lo importante es lo que nosotros ya sabemos. Cuestión de vista, claro...

¡Con poetas podían venirle!...

En asunto de verso, es un maestro. De algo tenían que servir los años sobre el mismo yunque... Pacientemente escribe poemas que luego encierra en blancos sobres con una siempre idéntica dirección. Precisamente hoy me ha leído uno nuevo. Esta noche me leerá otro. Ojead mañana el periódico: seguramente uno de ellos vendrá publicado.

Septiembre, 1951.

Emilio RUIZ PARRA.

CIUDADANO DEL MUNDO

A. D. V. L. (1938)

Como árbol dormido en las aguas del río

está mi cuerpo.

Mi cabeza se libra de tan útil suceso

asomada al futuro,

clavada en vendedores y países remotos,

mas mi otro se hunde,

desprovisto de forma central (girando a veces)

en piedra o en torrente convertido.

Con ojos de la piel veo mis orillas,

mis luces y mis pechos

que loca geometría descompone con muerte de otro tiempo,

mientras la vida me niega su verdad

de fabricante de armas,

de botellas crujientes al filo de las doce,

de floristas que lloran

con voluntad de decidida gente.

Se me quiere imponer esa costumbre

de meterse debajo de las sillas.

Yo estoy así, tendido en cómoda postura

y sobre mí dormido,

besado suavemente por mis vientos,

no perdido ni aún enajenado

entre aires amarillos y olores de oficina.

No es de aquí, de este sol, de esta sustancia

mi forma corporal;

mi sensibilidad toma raíces en el misterio augusto de la tierra.

Es como un mar sin barcos y sin aguas;

es como un canto hecho de luz y sombra

que en mis entrañas nace;

es un perfume a fruta de orígenes remotos.

Cuando me miro en el espejo de tus aguas

no me lleva el deseo de arreglar mi figura;

es que en ellas contemplo la fuerza de los toros convertirse en sonrisa

siento calles nocturnas con heladas farmacias;

pianos que se vengán gritándole a sus íntimos,

y ciudades con alma escapar de mis manos,

sin ocupar espacio,

dejándome en su centro

ciudadano del Mundo.

José M.^a DE JAEN.

EL PUEBLO

Casas huecas de ojos asustados,
por cuyas tejas de color de barro
vuelan suspiros
y cantos muertos
de pluviales chubascos invernales.
Casas de tuerta contextura;
tristes y callados fantasmas
del pueblo gris perdido entre la falda
de la montaña vasta.
¿Qué arquitecto de páramos desiertos
labró vuestra quimera?
Sois la tierra que se alza en un sollozo
sobre sí misma; en donde
pisaron animales que tenían
lo que a vosotros os falta.
Ese moverse y suspirar por todo
andando con los lentos pasos tristes
sobre la dura tierra, donde los siglos fueron como vientos.
Ellos azotan vuestros viejos vidrios
cargados ya de polvo;
donde la lluvia canta finamente
sus lágrimas nevadas;
donde un día
prendieron esperanzas de futuro
ojos que ya no existen.
¡Oh viejas casas de un pueblo que muere
en este valle agreste,
entre montañas de color de plomo,
donde la vida tiene
como un soplo de siglos transcurridos,
que pasaron de largo
por vuestros grandes ojos!
¡Qué joroba tan grande os ha nacido a fuerza de nevadas!
¡Y qué sueños y vagas esperanzas
tenéis en vuestros pechos!
Cabeza de las tejas medio rotas,
donde las golondrinas de tantas primaveras
pusieron sus hogares,
hoy cogen aguas tiernas de nostalgias
que el viento no se lleva.
Sois tierra, sois ladrillo, sois cal blanca,
casas de ojos de lumbre por la noche.
Cuando en las tardes quietas
de las primaverales estaciones
vienen los labradores por el camino tuerto,
al paso lento de su viejo burro,
si os divisan alzadas como nidos
sobre el abrupto cerro,
algo cálido late en sus entrañas.
Sabén que les aguarda la carne de su carne
y el diario sustento
que alimenta sus vidas cotidianas
cargadas de trabajos.
¡Oh casas de este pueblo
—viejo pueblo del valle—
por cuyas tejas gime el viento tristel

Francisco MARTINEZ LLACER.

DE POR AHI NOS LLEGAN...

LIBROS

CORAZÓN EN ACECHO.—Gerardo Vergés Príncipe.—Con este libro, Gerardo Vergés celebra nupcias con la Poesía. Es, pues, este, un primer libro de un poeta joven. El libro está magníficamente impreso en Tortosa. Al frente de la edición figura una carta-prólogo de Ochaíta, que descubre y analiza la mediterránea lírica de la península, romana en su floración adolescente. Gerardo Vergés tiene su corazón en acecho permanente, ansioso de la luz de Dios. Su verso es sencillo, de luminosas metáforas, —luminosidad mediterránea— y de vibrante, católico fervor religioso.

No obstante, a través de todo él se vislumbra la lucha del poeta por encontrar su verdadera voz, que, algunas veces decae, dando en el verso fácil, de sencilla creación. Destacamos del libro los poemas «Manzano florido», «La invención de los monstruos» —a Salvador Dalí— y «Búsqueda de Dios», como lo más logrado y palpitante.

Apreciamos a este joven poeta, y lo animamos a que prosiga su camino ascendente hacia la lejana meta de la Belleza. F. M. LL.

RIO IMCIPIENTE. — Carlos Hernández.—Villaclara (Cuba).—Pese a todo, Carlos Hernández, a quien nosotros sabemos un buen poeta de la república hermana, al dar su libro a la imprenta, ha sentido un leve remordimiento. Ha tenido consciencia de su misión de poeta... y ha puesto al frente de su libro un prólogo breve que no es otra cosa que un intento de justificación.

Y esa es la cuestión. Aunque —glosando a Heine— quiera decirnos que la lírica es de todos los tiempos, no son sus palabras otra cosa que querer coger el árbol por las hojas tan solo. Verdad es que la poesía lo es de todos los tiempos; pero al decir esto hay que referirse a algo central: al núcleo.

Lo accidental, los elementos de construcción, son del tiempo. Y aquí es donde Carlos Hernández ha fallado —solo por esta vez— al construir su libro, sirviéndose de unos elementos en desahucio.

En efecto, el poeta, como nos confiesa ha roto su proceso lógico de evolución, «con estancamiento o retroceso», con una poesía insistentemente negativa. Sabe él que es este un libro rezagado: «un cuaderno de frustraciones». Mal modo para liquidar una etapa como pretende. En efecto, no es este el

poemario que debió escribir Carlos Hernández.

A pesar de todo, el poeta no puede irse de su hondo sentir. Esto es lo que da un cierto valor al libro que comentamos. Felices ideas, bellas metáforas... Y eso es todo. Se acabó lo que se daba. B. R. P.

REVISTAS

AGORA n.º 11.—Madrid.—Con poemas de Carlos y Antonio Murciano, Rafael Millán, Antonio F. Molina, Ramón de Garciasol y otros, nos llega AGORA, en su undécima entrega. Ilustraciones de Núñez Castelo y Gil Tovar.

DENCALION n.º 5.—Revista de Ciudad Real que dirige A. Crespo. Contiene poemas de Carriedo, Gabriel Celaya, Federico Muelas, Labordeta, Emilio Ruiz Parra, Fernández Molina, y otros. Un cuento de Crespo. Dibujos de Nieva, Clement Martínez Novillo, Prieto, Núñez, Castelo y Bruno Vernúer. Uno de los números más interesantes, en conjunto.

PLATERO n.º 14.—La lírica gaditana tiene en Platero su mejor representación. En este n.º 14, poemas de Gerardo Diego, Pilar Paz, Juan Valencia, Alejandro Busoceanu, Sordo Lamadrid Quiñones y Rafael Alberti —tres magníficos poemas.— Prosas de Bernardo Víctor Carande, Serafin Pro Hesles y Peter Quennell.

DOÑA ENDRINA n.º 3.—Guadalajara.—Es esta una revista de poesía llevada a cabo con un gran sentido de lo bello. Dirigida por Antonio Fernández Molina, nos trae en este número poemas, de Angel Crespo, Miguel Labordeta, Martínez Monje, Casanova de Ayala, Fernández Molina, Rafael Jaume, Lezcano, el boliviano Raul Gonzalo Vazquez, G. A. Carriedo y Fernández Arroyo. Viñetas de Madrillay y Nieva.

PASION.—Revista de Semana Santa.—Jaén.—Contiene prosas de Chamorro, Ortega Sagrista, González López, y otros. Poemas de Ruiz Parra y Mario Alvarez Ortíz.

UBEDA n.º 27.—Con una muy esmerada edición continua con su tónica habitual esta revista de la bella ciudad ubetense. Exceso de erudición, y falta de trabajos de creación. Por lo demás, sus fotografías y litografías producen una impresión que muchas revistas quisieran para sí.

En el núm. 4 de ALJABA

FLECHAS DE

FELIPE T. MARINETTI
MARIO ALVAREZ ORTIZ
ANGEL CRESPO
FERNANDO CALATAYUD
FELIX CASANOVA
FERNANDEZ ARROYO
TRINA MERCADER
LEON RAMOS
FERNANDEZ MOLINA
RAFAEL LEOGADIO
JOSE CARDONA
JULIO PORLAN
V. C. ARTIDIELLO
E. GARCIA PEREZ
E. RUIZ PARRA
J. M. DE JAEN
F. MARTINEZ LLACER

LIBROS REVISTAS

DIRECCION: ESPARTERIA, 11
ADMINISTRACION:
PALOMINO & JAEN
TENIENTE BAGO, 1